



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10410

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 16 DE JULIO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡A VILLAMARTÍN!

(ANIVERSARIO)

Hoy hace veinticuatro años, que en lecho humilde, rindió al cielo su alma intrépida aquel genio del arte de las artes, que veía pequeño el mundo, y que hubiera sido capaz de convertir al universo entero, en un pelotón de soldados!... El que desde lo alto de una columna de bronce que los siglos contemplan, señala aun con el dedo la senda por la que caminan a paso de gigante las naciones belicosas.

Loor al ejército que erigió tan soberbio mausoleo al profeta de la guerra, que al sentirse herido en el primer combate, adelantando un siglo á los más doctos, remontó su vuelo de águila á las regiones de la metafísica, donde brotó de su volcánico cerebro aquella inagotable fuente de enseñanzas militares traducidas en todas las lenguas, antes de que vieran la luz en España que conoció la obra por casualidad.

Raudal de ciencia, y épico poema, que hizo saltar á pedazos los viejos moldes de la prensa veneta, que vieron con asombro los sabios de la Europa, que admiró la Academia de Ciencias de París, y que conmovió a Napoleón III cuando el sol de las victorias fulguraba en las llanuras de Magenta y Solferino, sin que aquel hombre de corazón de fuego—el autor—encuya mente ya fotografiaba el futuro cuadro de la lucha humana, y de la aspiración universal reciente que como en espiral se desarrolla á la esplendente luz del siglo... a escuchar llegara en medio del silencio de su patria, el vibrante acento del clarín de la fama vöcinglera que con sonora pompa, pregonaba su nombre en extranjero suelo, mientras los ratones trituraban aquel libro de oro en los fatídicos desvanes del palacio de Buenavista!...

¡España!... España!... siempre serás la misma!

¡Y qué tiene esto de extraño cuando el mánco de Lepanto no cenó la noche que acabó el Quijote!

Pobres escritores... y que antipáticos son á los que no saben leer! —Si dicen la verdad, no encantan, con la mentira adulan, y si el texto es del oficio, los que no «atalayan» tan alto, declaran al autor loco de remate, sino hacen como el reptil de la fabulá de los huevos del águila, para verlo caer como un aerolito en el crisol de la censura.

El hombre se retrata desde el paraiso, y si las verdades son amargas, es porque los autores mojan algunas veces la pluma en el corazón, y así hay quien tiene más miedo á un cajista que á las emboscadas de Máximo Gómez—detente pluma—y quien maldice al mismo Gutenberg, por haber fijado sus ojos en la pisada de un caballo.

—Por algo decían los frailes que la civilización, era peor que la barbarie—y tenían razón.

España fue y será siempre un pueblo muy guerrero, muy grande y muy heroico; pero no será nunca una nación militar si no vive más «alerta» Hay que podar el árbol de las tolerancias, para que no dé el fruto de la impotencia, y poder hacer lo que hizo Moltke (1) en cuanto supo que se le había atrojado ir á Berlin al vecino de enfrente.—Tiró de su cajón—sacó un mapa—redactó un decreto, y no necesitó más, para quitarle aquella mania de la cabeza al emperador de los franceses.

Las granadas alemanas reventaron dentro de las ollas de rancho de las avanzadas forasteras—ojo artillero—y á los pocos días... las águilas de Austerlitz y de Marengo, caían desde su altura á los pies del Rey Guillermo que ya tenía en su mano las llaves de París, y la aterradora espada de Bonaparte.

—Estos son golpes, de mano maestra.

Hombres de aquel calibre, aparecen en los siglos como las estrellas con rabo; pero un país donde hay quien daría la Alhambra por la montera de Lagartijo, donde preocupa á los gobiernos el cura de Alcabón ó el Noy de las Barraquetas, se oscurece el mérito y funcionan tantas ruedas inútiles y donde nada se respeta, y todo se hace bufo, no quieren respetarlo ni los de Frajana, que no olvidan el dicho de Alejandro Dumas, ni el de D. Leopoldo.

El afán de copiar hasta los andadores del vecino para dar un paso (2) rebuscando de puerta en puerta por el extranjero lo que sobra en casa; la desconfianza en aceptar lo propio por adoptar lo ajeno, el apego al confort, al torreo, y a la Chesslongue, sin tomar nada en serio, y la frialdad é indiferencia en la paz por las necesidades de la guerra, hasta que el clarín suena, fíandolo todo al tradicional valor del oficial, y al rudo empuje del soldado, no son prendas que enaltecen, ni levantan el prestigio, ni el poder de las naciones que no es otro, que el de sus bayonetas. El valor no es ya la llave de los éxitos; ni la muerte el perdón de la impericia ni ya mueren como héroes los batidos como torpes, y si los ejércitos no viven de sí mismos, y de sus propios frutos, tomando de acá y de

(1) De quien conservamos estimadas comunicaciones, con una muy reciente del ministro de la Guerra de S. M. Británica, al lado de otras... que hacen llorar á lágrima viva...

(2) Hasta las mochilas alemanas, para desecharlas despues.

allá lo que otros hacen, no existiría en ellos la confianza en sus generales, ni el ánimo y la interior satisfacción, precursores de las victorias.

Hay pues que sembrar mucho para coger algo y para no ir a todas partes como un furgón de cola a remolque de los vecinos, ó como el fogón abordo—porque lo llevan.—Hay que barrer para dentro enviando todo lo que no aproveche á la historia natural y á las boardillas del ministerio de Hacienda, sucursales de San Bernardino—si se perdiera Cuba,—hay que hacer muchas cosas empezando por no hacer caso de cuatro chupa-sales, que con falsas doctrinas explotan la ignorancia por hacerse populares, ni a los que con febril palabra fascinan á los pueblos—o a los electores,—decantando el presupuesto de la paz, cuando son los primeros que quisieran ver un par de gastadores debajo de la cama, en cuanto se dan cuatro gritos en la plaza de la Cebada y los que el soldado—corre—vuela—llega y vence—y vence pronto... que el pueblo y la tribuna, se enojan porque tardas.

El barro con que se formó el primer hombre fue amasado con lágrimas. La guerra empieza con la creación del mundo y solo puede acabar con él, porque cada hombre es un combate andando.

Las armas mandan; y levantan el crédito, la industria y el comercio; pero si se desatienden, se abandonan, ó se menosprecian, se emmohecen, se destemplan y se doblan al primer golpe.

Los estandartes són entonces pedazos de trapo, y las bayonetas armas de cocina, y cuando la patria llama á las puertas de los cuarteles, el soldado ya no responde, ó dice como los médicos, cuando los llaman para un enfermo incurable: «que vaya otro».

Hay que ser soldados y estudiar parrafos como el siguiente de Villamartín, que muchos ni han leído:

«La pólvora es lenta y torpe, y la bala incierta y perezosa, y es preciso una materia más potente y más activa que las aventaje, y un arma que dispare al compás de la péndula de un reloj».

Así decía con su elegante pluma, aquel soldado ilustre hace cuarenta años ya anunciando en las futuras lides la aparición del explosor eléctrico, el torpedo y el fusil repelidor.

¡Oh genio de los genios al que vimos dar al mundo tan grandiosa epopeya á los débiles reflejos de las candelillas de los cuerpos de guardia! Qué cercano estaba tu fin, y qué amarguras te esperaban en este cenagoso valle de tantas miserias y de tantas vergüenzas, de tantas envidias, de tantos dan-

zantes y de tantos cuervos humanos!

Duerme, y no despiertes para no asombrarte al ver que aquí somos ya todos Stratégos, grandilocuentes, y eruditos escritores del arte de la guerra.

Los libros y los inventos brotan de las piedras, pero ninguno alcanza a sofocar la llama asoladora que absorbe la hidalga sangre de tantos valientes, y arrasa los tesoros de la hacienda española.

¿Hubieras tú resuelto este problema? Dios lo sabe, y quizá habrías opinado me parece oírlo.—Que no cortando—de un golpe—la traidora mano que siembra la discordia en la fecunda Antilla, y aun teniendo allí siempre cien mil hombres en armas con un general de hierro, la sumisión de Cuba con reformas y sin ellas teniendo la costa libre—es ya tan imposible, como hacer volver á su cauce las aguas de un río, después que han entrado en el mar.

Que si el laurel de la victoria no de las bayonetas, fusilando hasta la sombra del último insurrecto, la bandera de la paz tremolaría siempre insegura y desmayada al calor de las cenizas de una llama apagadiza, que se avivaría al primer soplo.

Que perder el tiempo lamentando el pasado, y discutiendo la conducta de los gobernantes, en los bancos del Parlamento, es perderlo todo y que, si no empuce el blasón, ni eclipsa el trono, «trocar tierra por armas» que salven el florón de la corona... solo una potente y numerosa escuadra bien armada y dotada con los elementos navales, militares y civiles que fuesen necesarios y que quizá podría adquirirse... humillaría cualquier bandera falsa que se finja amiga, mientras diez mil dragones á cuchillo armado y afilado sable, cayendo como el rayo sobre el Máximo y el mínimo, acometen como el Jabalí á aquellas hordas de bandidos, que ofrecen tan horribles cuadros á los ojos de la Europa del siglo XIX...

A las fieras como fieras... la honra del pabellón antes que todo.—Esto, y una táctica nacional aplicada al carácter español, al alcance de todos,—que no faltaría quien la hiciera,—capaz de instruir en quince lecciones ochocientos mil combatientes, que aun armados de escalabornes, no hollaría esta tierra la extranjera planta, y mucho menos, si aquella altiva España de 1808, que dormía con la cartuchera puesta al menor rugido del león castellano, despertando como un solo hombre al grito del apóstol Santiago, corre á levantar de un sueño inmundo la sagrada enseña que tremoló en las Navas y en Lepanto.

Con hombres serios del templo

y de las condiciones del ministro de la Guerra—que no fallan—que no provoquen conflictos ni amenuguen las recompensas por los hechos de armas más salientes, otorgándolas mayores á sus allegados con menores méritos, en desprestigio de la disciplina, con la suntuosidad de los pueblos, la unión social la justicia tributaria, y más que todo con el ejemplo... con jefes como Linares, Martí y Barroso, Ibañez, y otros muchos que honran nuestras armas, y con oficiales que al salir del colegio abren una campaña cogiendo cruces de San Fernando que por modestia no ostentan algunos, todo es tan posible, como irresolvente mantener la guerra contra un invisible adversario un ejército de enfermos, enfermeros y acémileros sin adecuado equipo ni prácticas preparatorias, cuya irregular y embarazosa impedimenta es su mayor enemigo.

Los grandes males no evitados á tiempo imponen grandes remedios.

En las ofensas de honra es de ley que el causante pague el juicio y las costas.

El patriotismo hace milagros como el de Agustina la de Zaragoza.

Daoiz y Velarde viven todavía y no hay arma más fuerte que la razón y el derecho en las moharras de las banderas... juradas con la diestra al pomo del acero en el ara del altar de la patria, ante esa deidad santa que se llama ¡El honor!...

Nunca España fue más pobre, ni más grande, que el día en que un alcalde de monterilla le declaró la guerra al coloso del siglo!

La guerra es el tribunal de los imperios.

Los conflictos internacionales no se conjuran más que a cañonazos cuando la diplomacia es impotente, y tratar de una alianza, sería olvidar la historia, y profanar los manes de aquella gran marina que no ha dejado copias, y nos llama á gritos desde Trafalgar... (1)

Las alianzas con potencias superiores en lejanas regiones, como tú dejás escrito, son muy delicadas y hasta peligrosas, (2) y aun más todavía cuando el mando supremo corresponde de derecho al más pequeño.

Las rivalidades nacionales se despiertan pronto hasta en las clases inferiores. Los organismos de los ejércitos, las tácticas, los códigos, los hábitos y costumbres de raza, y los temperamentos son

(1) Cabo de fatídico recuerdo en la marina española.

(2) Caso de alianza contra cualquier nación cada ejército debería operar por su lado y nunca juntos, más que el día de la victoria.